

Olivares como mecenas

JOHN H. ELLIOTT

La sociedad española del siglo XVII, como la del resto de Europa, se articulaba a través de una red de relaciones de sangre y afinidad, de patronos y clientes. Toda promoción a cargos eclesiásticos o burocráticos, todo éxito en la corte, en la política o en las artes, dependía del favor y apoyo de un patrono. En el vértice de aquella pirámide jerarquizada estaba, como fuente última del poder y de las mercedes, el mayor patrono de todos: el monarca. Pero en los dos decenios posteriores a la muerte de Felipe II en 1598, España experimentó un cambio en las relaciones entre el poder y sus clientelas. El ascenso del duque de Lerma como valido del débil Felipe III marcó la aparición de una figura institucional que iba a dominar el gobierno de España a lo largo del siglo, y que también se reprodujo en otros estados europeos: el «ministro-valido», hombre de estado que ejercía un poder casi absoluto como ministro, pero que como valido dependía para su supervivencia únicamente de su capacidad de retener el favor del rey¹.

Lerma, «the great favourite» (como le llamaría el poeta inglés Sir Robert Howard en su comedia sobre el valido), siempre ha tenido mala prensa, si bien algunos estudios recientes han procurado revalorizar los veinte años de su privanza². Esta revaluación –poco convincente en mi opinión en lo que se refiere a su carrera política– tiene el mérito de haber desvelado sus actividades como promotor de grandes proyectos arquitectónicos, coleccionista de cuadros y protector de las artes, como se comprobó en una exposición del Museo de Bellas Artes de Boston que brindó nuevas perspectivas sobre varios artistas poco conocidos del reinado de Felipe III y sobre el papel del propio Lerma como mecenas³. Éste no sólo emprendió la remodelación de los Reales Alcázares, sino que también convirtió su villa señorial de Lerma en corte, construyendo un complejo urbano impresionante alrededor del palacio ducal (uno de los cinco que poseía). Encargó obras al pintor el Greco y al escultor religioso Gregorio Fernández, y se convirtió, con sus mil quinientos cuadros, sus montones de tapicerías y joyas y su ga-

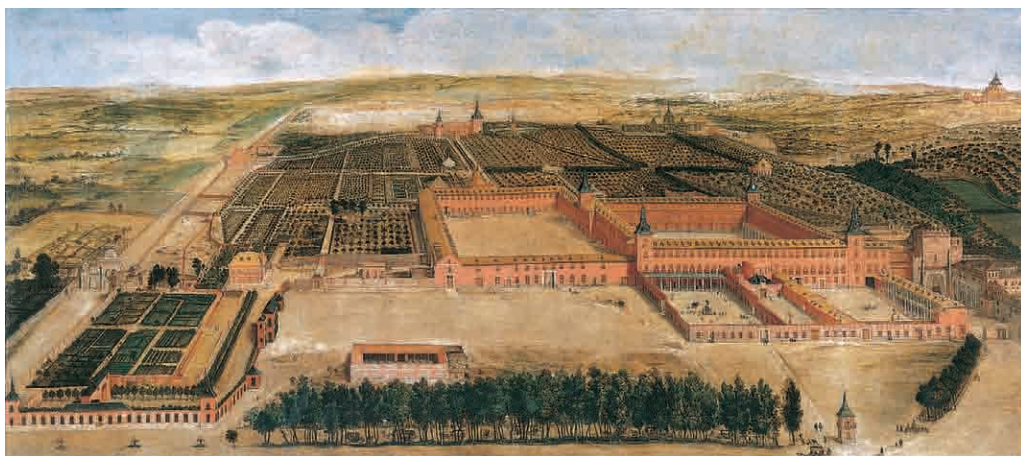
binete variopinto de curiosidades, en «el primer ‘megacoleccionista’ no real de Europa», según declara Sarah Schroth en su estudio de los inventarios ducales⁴. Empleó las inmensas sumas de dinero que adquirió del uso y abuso del poder no sólo en enriquecerse, sino también en crear una cultura cortesana ostentosa, distinta de la austera de los años finales de Felipe II. Colmaba asimismo de favores a sus aliados y parientes, que luego siguieron sus pasos, adquiriendo fama también como grandes mecenas de las letras y artes.

Parecerá sorprendente iniciar un estudio del mecenazgo de Olivares con esta mención a su predecesor, pero está cada vez más claro que no puede comprenderse la carrera del conde-duque como ministro-valido de Felipe IV (1621-1643) sin tomar en cuenta los muchos aspectos en que imitaba a Lerma –por mucho que hubiera preferido no admitirlo, ni siquiera ante sí mismo– y, por otro lado, los muchos en que procuraba distanciarse explícitamente del ejemplo de su predecesor. De una forma u otra, en última instancia era inevitable que se le pareciera, siendo la imitación un rasgo típico de la cultura de aquella época. Como Lerma, Olivares dependía totalmente del favor real para mantenerse en el poder. Como Lerma, empleaba las mercedes que estaban a su alcance para crear una clientela de amigos, parientes y dependientes de los que podía fiarse para defenderse de sus enemigos y para implementar sus planes políticos. Como Lerma, finalmente, procuraba erigir en torno al rey una imagen de grandeza y magnificencia digna del soberano más poderoso del mundo –aunque, a diferencia de aquél, tenía en Felipe IV a un monarca suficientemente inteligente y adaptable como para representar el papel diseñado para él–. En resumen, aunque Olivares rechazaba todo intento de equipararle con su predecesor (renunciando al título de privado o valido, por ejemplo, o haciendo alarde de su «limpieza de manos» en contraste con la notoria corrupción de Lerma y sus satélites), era en muchos aspectos un epígono suyo.

Gaspar de Guzmán (fig. 1) alcanzó la madurez en la España de Lerma, y precisamente en los años de la plenitud del poder del duque, pero a diferencia de la mayoría de los hijos de la nobleza española, había pasado toda su juventud fuera de la península ibérica. Pisó tierras españolas por primera vez ya con trece años, cuando su padre –Enrique de Guzmán, segundo conde de Olivares– volvió a su Sevilla natal tras dejar el cargo de virrey de Nápoles. Cuando nació don Gaspar en Roma en 1587, su padre era embajador de Felipe II en la Curia pontificia, y el niño fue bautizado por el cardenal Aldobrandini, el futuro papa Clemente VIII (elegido en 1592). José Ignacio Tellechea descubrió dos cartas latinas dirigidas al papa por Gaspar en 1595, cuando frisaba los ocho años⁵. En ellas pedía el favor continuado del papa; se excusaba por su latín, confesando haber hecho escasos progresos en esa lengua, pero afirmaba que la empleaba porque Clemente había escrito a su madre, muerta de parto unos meses antes, insistiendo en que la aprendiese. Éste es el primer testimonio que se ha conservado de



1. Diego Velázquez, *Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares*. Hacia 1625.
Óleo sobre lienzo, 222 x 137,8 cm. Nueva York, The Hispanic Society of America.



2. Jusepe Leonardo, *El Palacio del Buen Retiro*. 1636-1637. Óleo sobre lienzo. 130 x 295 cm. Madrid, Palacio Real. Patrimonio Nacional.

co palacio de recreo para los reyes al este de Madrid, el Buen Retiro (fig. 2). Con sus salas espaciosas y su gran Salón de Reinos en el centro, con sus encantadores jardines y su lago artificial, con su teatro del Coliseo, provisto de todo tipo de máquinas modernas para la representación de las comedias de tramoya, el Retiro brindaba un escenario ideal para todas las actividades que definían la cultura cortesana más refinada del siglo XVII: comedias y certámenes poéticos, torneos y falsas batallas navales, espectáculos escénicos montados en una isla en medio del lago... En resumen, el Retiro era el palacio idóneo para un soberano que Olivares se empeñaba en presentar al mundo como supremo en las artes de la paz³⁸.

La nutrida pléyade de personajes ilustres asociados a las escenas y actos del Retiro incluía a Lope de Vega y a Pedro Calderón de la Barca, a Antonio Hurtado de Mendoza y a Luis Vélez de Guevara, al prolífico entremesista Luis Quiñones de Benavente, a Francisco de Rioja y a Diego de Velázquez, y al florentino Cosimo Lotti, ingeniero paisajista y teatral e inventor ingenioso de infinitas tramoyas espectaculares. Todos recibieron los beneficios del mecenazgo real, pero seguían siendo hechuras de Olivares; fue él quien se responsabilizó de facilitar, animar y promover sus esfuerzos creativos, y luego conseguía el favor continuo del rey cuando surgían escollos.

¿Hasta qué punto reflejaba la obra de estos poetas y dramaturgos los intereses personales del propio conde-duque? Tal vez obtendremos una idea más detallada de sus gustos cuando se identifiquen y se analicen los libros de su biblioteca —aunque, como es archisabido, el contenido de una gran biblioteca barroca dista mucho de ser una guía infalible a los gustos literarios de su dueño—. Cuando contemplamos la extravagancia

El duque de Lerma, mecenas

PATRICK WILLIAMS

El gran valido y el «estilo nuevo de grandeza»

Reunió Francisco Gómez de Sandoval y Rojas (1553-1625), primer duque de Lerma, un archivo de papeles en torno a su familia y patrimonio que hoy resulta ser uno de los acervos documentales más ricos y extensos de la España de los Austrias. Gracias a él se conservan inventarios detallados de sus títulos, rentas, oficios y casas, con la relación completa de sus muebles, de sus grandes colecciones de obras de arte, joyas y reliquias santas, y hasta de sus deudas de juego¹. Con todo eso, no se han rastreado noticias de su biblioteca. Como veremos, no cabe duda de que Lerma iba adquiriendo libros, y no es descabellado suponer que los coleccionara con su avidez habitual; de momento, sin embargo, el perfil de sus intereses bibliófilos sigue siéndonos desconocido.

Lerma retuvo el favor de Felipe III durante veinte años (1598-1618)². A lo largo de esos dos decenios, especialmente durante el primero, ejerció un dominio absoluto sobre la corte y el gobierno, y hasta cierto punto incluso sobre la Iglesia. Fue el primero de los grandes validos del siglo XVII, y desde luego sirvió de patrón para su gran sucesor, el conde-duque de Olivares. Por lo pronto éste se empeñó en presentar a su propia figura y valimiento –por mucho que pretendiera no ser un valido– como el revés de todo lo que había representado Lerma. Lo cierto es que Olivares se distinguía de él por su idealismo y por su talento intelectual; en un aspecto, sin embargo, le imitó de cerca, asentando las bases de su poder en el ejercicio del oficio de caballerizo mayor³.

Era Lerma un hombre sumamente metódico, claro y decidido en sus propósitos, a la vez que escrupuloso en su manejo de la gracia real. Se le ha tildado de perezoso, y en efecto lo era; pero poseía además, cuando se trataba de sus propios intereses o los de su familia, una gran capacidad para la reflexión calculadora, la cual le permitía, tarde o temprano, llevar a cabo sus planes. Sus ambiciones políticas moldearon la historia de su épo-



1. Vista exterior de la iglesia colegial de San Pedro, Lerma.

ca, pero nunca pueden escindirse de sus intereses familiares, de modo que casi conviene hablar de la privanza, no del duque de Lerma, sino de los Sandoval.

Al principio, las prioridades y la autoimagen de Lerma eran puramente seculares. Ascendió al poder, con la subida al trono del joven Felipe III en 1598, con el título de IV marqués de Denia, heredado de su padre en 1574. A lo mejor sólo esperaba mantenerse en el valimiento durante un corto periodo de tiempo, pero al avanzar los años, viéndose cada vez más

encumbrado en el poder, extendió el alcance de sus ambiciones y al fin concibió el plan de entregar las riendas del poder a su hijo y heredero Cristóbal, duque de Uceda, para que éste pudiese proteger las mercedes y privilegios que había conseguido para su linaje. Este plan llegó a constituir la preocupación primordial de Lerma desde los años de 1611-1613, coincidiendo así con su deseo, que fue madurando en lo sucesivo, de entrar en la vida religiosa para asegurar la salvación de su alma. Se presenta así una distinción entre el carácter secular de su valimiento a principios del reinado y este segundo periodo en el que se dedicaba a transmitir sus poderes a Cristóbal mientras preparaba su propio retiro de la corte para entregarse a la devoción religiosa. Por otra parte, se observa una distinción paralela en el comportamiento de Felipe III, quien siempre se mostraba dispuesto a otorgar al valido todo lo que pedía para sí, pero se negaba a permitir que el valimiento pasara a manos del duque de Uceda, recelando que su propio hijo Felipe IV fuera dominado, como él lo había sido, por los Sandoval. Esta contradicción entre las ambiciones del rey y las del valido para sus respectivos primogénitos produjo una brecha inevitable, aunque no por eso menos penosa para ambos.

Las ambiciones de Lerma durante el primer periodo surgieron de las tradiciones de su linaje, y más concretamente de la conciencia de su pobreza y rango inferior, por debajo del de otros grandes a los que hubiera querido tratar como pares. Cuando Felipe III accedió al trono, las rentas de los Sandoval sumaban menos de 20.000 ducados anuales, dándoles un puesto intermedio en la lista de las 188 familias nobles. En menos de diez años Lerma supo aprovecharse de las mercedes reales con tanta astucia que su familia ya disfrutaba de rentas de más de 200.000 ducados, colocándola al principio de la lista. Aun así, no dejaron de aumentar sus ingresos; al final Lerma disponía de más de 250.000 ducados al año. Ningún otro linaje —ni siquiera los conquistadores de América— se había enriquecido de modo tan rápido y duradero.

«Dineros son calidad, escudos pintan escudos», decía Góngora; pero para el verdadero prestigio eran imprescindibles los grandes títulos. Lerma obtuvo tantos que pronto sobrepasó a todos sus rivales. El rey le otorgó el ducado de Lerma para él (1599), el de Cea para su hijo Cristóbal (1604) y el de Uceda para su nieto y tocayo (1610), concediéndole además a Cristóbal el usufructo del de Uceda durante la vida de Lerma, por lo cual se le nombraba con este título en vez del de Cea. El linaje de los Sandoval y Rojas fue el primero de España en disfrutar simultáneamente de tres títulos ducales, y más tarde de cuatro cuando otro nieto heredó el del Infantado en 1622⁴. Por si esto fuera poco, el rey también dio licencia para una serie de alianzas matrimoniales ventajosas, por las que cuatro hijas y nietas de Lerma llegaron a ser duquesas de Medina-Sidonia, Peñaranda, Medina de Rioseco y Osuna, títulos que se contaban entre los más prestigiosos del reino y, al mismo tiempo, entre los más ricos⁵.

Se ha puesto en tela de juicio la sinceridad de la conversión religiosa de Lerma, pero era genuina. Se volcó en dos aspiraciones, ambas logradas: la de ser el mayor bienhechor de la Iglesia de su generación, y la de enclaustrarse en la vida religiosa. En ambos casos fue inspirado por el ejemplo de dos antepasados admirados: su tío abuelo Cristóbal de Rojas (1502-1580), arzobispo de Sevilla (1571), y su abuelo materno, Francisco de Borja (1510-1572), duque de Gandía hasta 1550 y luego general de la Compañía de Jesús (1565). Al tramar su propio retiro de la corte en 1617-1618, Lerma pudo preciarse no sólo de haber seguido estos ejemplos, sino de haberlos superado. Pese a la languidez que afectaba en público, era profundamente competidor.

También se ha aventurado la hipótesis de que Lerma consiguió su cardenalato en 1617 únicamente con el fin de ponerse a salvo de los peligros de su caída política, pero los hechos indican lo contrario. Reveló sus verdaderas intenciones de modo inequívoco en su monumental iglesia colegial de San Pedro en Lerma (fig. 1), en cuya sacristía cuelgan dos retratos del duque, uno junto a otro, que sintetizan las dos ambiciones, los dos ejes opues-



2. Interior de la sacristía de la iglesia colegial de San Pedro con dos retratos del duque de Lerma, uno armado (de Juan Pantoja de la Cruz) y otro con capelo cardenalicio (de Diego Rodríguez).

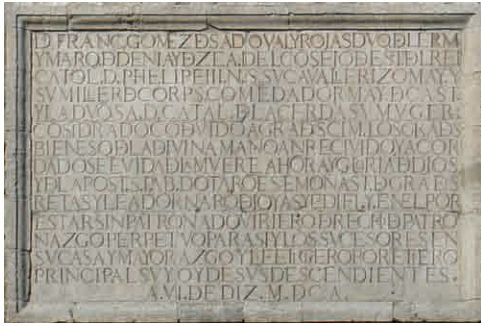
Todo aquello, sin embargo, quedaba en el porvenir a principios del reinado, cuando Lerma comenzaba a desarrollar su poder y a desplegarlo al mundo. La primera muestra se produjo cuando aún era marqués de Denia, durante el fastuoso viaje que hizo Felipe III al Levante en 1599 para su boda con Margarita de Austria y la de la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto. Fueron tan extravagantes las fiestas religiosas, cortesanas y cívicas montadas por el valido en su villa de Denia que el cronista Gil González Dávila exclamaba que «el Marqués, como señor de tan generoso ánimo, festejó a su Rey en mar y en tierra con un estilo nuevo de grandeza»⁷. Estas jornadas también brindaron al futuro duque la primera ocasión para lucir su afición al mecenazgo literario; Lope de Vega asistió a las festividades en Denia y participó en ellas con dos comedias, *Las bodas del Alma con el Amor Divino* y *Las fiestas de Denia*, iniciando así su larga relación con el valido. En años posteriores, muchas de las grandes fiestas montadas por Lerma incorporarían obras de Lope⁸.

El «estilo nuevo de grandeza» alcanzó su plenitud con el traslado de la corte de Madrid a Valladolid en 1601. Se han discutido las razones de este traslado, pero Lerma las anunció pública y explícitamente. El 6 de diciembre de 1600 compró el patronato de la iglesia conventual vallisoletana de San Pablo con el propósito de remodelar su capilla como panteón familiar, y el 29 del mismo mes adquirió el palacio de los marqueses de Camarasa, ubicado enfrente del convento en la plaza de San Pablo⁹. Al terminar la reforma de la iglesia en 1617, hizo grabar en las torres de la fachada dos lápidas, una en castellano y otra en latín, que rezan así (fig. 5):

Don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas duque de Lerma y marqués de Denia y de Zea, del Consejo de Estado del Rey Católico don Phelipe III Nuestro Señor, su cavallerizo mayor y sumiller de corps, comendador mayor de Castilla, y la duquesa doña Catalina de la Cerda, su mujer, considerando con debido agradecimiento los grandes bienes que de la divina mano an reçivido y acordándose en vida de la muerte, a honra y gloria de Dios y del apóstol san Pablo dotaron este monasterio de grandes rentas y le adornaron de joyas y le edificaron y en él por estar sin patrón adquirieron derecho de



4. Juan de Arfe Villafañe y Lesmes Fernández del Moral, *Estatua orante del arzobispo Cristóbal de Rojas*. 1603-1606. Bronce. Lerma, iglesia colegial de San Pedro.



5. Lápida conmemorativa del fundador en la fachada de la iglesia conventual de San Pablo, Valladolid.

patronazgo perpetuo para sí y los sucesores de su casa y mayorazgo y le eligieron por entierro principal suyo y de sus descendientes. A 6 de diciembre 1600.

Una vez adquiridos, el convento y el palacio formaron un conjunto urbano desde el que Lerma podía dominar la ciudad. A continuación, el 10 de enero de 1601, hizo pregonar el traslado de la corte a Valladolid, el cual se efectuó en febrero. Durante los cinco años que permaneció en aquella ciudad, el palacio de Lerma se convirtió en foco y centro de todas

las fiestas cortesanas, llegando a su momento de apogeo con los bautizos de dos infantes reales, Ana (1601) y Felipe (1605), que tuvieron lugar en la iglesia de San Pablo en vez de en la catedral o en la capilla del palacio real (otra infanta nacida en Valladolid, María, murió antes del bautizo público). Las festividades en torno al nacimiento y bautizo del príncipe heredero Felipe fueron especialmente prolongadas y extravagantes, de tal forma que pueden considerarse como punto culminante en la formación de una corte propiamente barroca en España¹⁰. Lerma y el rey redoblaron sus esfuerzos para atraer a los mejores ingenios del reino; al frente figuraba Lope, con la representación de una comedia suya (con toda probabilidad, *El caballero de Olmedo*) para un sarao organizado por Lerma; luego acudieron Cervantes, Góngora y Quevedo. Como símbolo afortunado de la nueva importancia concedida a la literatura en la corte, la primera edición del *Quijote*, aunque impresa en Madrid con pie de imprenta fechado en 1605, ya circulaba por Valladolid en los últimos días de 1604¹¹.

La comedia de Lope fue representada no en el palacio Camarasa, sino en la Casa de la Ribera, adquirida por Lerma en 1601 y pronto remodelada. A medida que la corte iba enraizándose en Valladolid, tanto Felipe III como Lerma sintieron la falta de un palacio real adecuado. La reina Margarita, por ejemplo, se vio obligada a confinarse en la casa del conde de Benavente para el parto de su hija Ana. Lerma entendió claramente que no podía mantener una casa tan esplendorosa –ni mucho menos insistir en que la corte permaneciera en Valladolid– mientras su soberano carecía de una residencia digna. Por eso, a finales de 1601 vendió su propio palacio al rey, aunque no sin una ganancia notable, cobrando 186.393 ducados –cien mil más de lo que había pagado en 1600–. A cambio compró la Casa de la Ribera, algo destartalada, al otro lado del Pisuerga; la remodeló rápidamente, convirtiéndola en palacio moderno y elegante al borde del río. Ésta fue la escena de la comedia lopesca.



6. Peter Paul Rubens, *Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma*, 1603.
Óleo sobre lienzo, 290,5 x 207,5 cm. Madrid, Museo Nacional del Prado.

lengua con un amplio espectro de uso, configura una organización del conocimiento de mayor recorrido, desglosado en 37 divisiones, entre las que la religión ocupa cinco materias⁹.

En la riqueza de articulación de la historia y en la atención a las historias particulares que se recogen tras la religión se ve reflejada la correspondencia entre una determinada configuración política y un preciso sentido historiográfico. Pero es al comparar esta organización de la historia en dos arquetipos librarios coetáneos de rango diverso –el de la nobleza al servicio de la Corona y el del propio monarca– cuando se hace evidente el grado de cohesión social alcanzado en la práctica por la Monarquía compuesta, ya que ambas librerías, en las que el carácter utilitario prima sobre una estricta consideración de «biblioteca de la púrpura», se rigen por una aceptación del doble poder en lo concerniente a la materia¹⁰. La librería de la Casa del Sol muestra, catorce años antes que la de la Torre Alta del Alcázar, que las provincias periféricas, las comunidades, son conjuntos compatibles dentro del sistema regido por un soberano; el conocimiento de lo local, lo regional o lo nacional se articula armónicamente en un sistema bibliográfico ordenado que contiene leyes, formas de gobierno, corografía, prosopografía y cualquier otra materia que permita reconstruir el conjunto de los sucesos o de los hechos políticos, sociales, económicos y culturales de un pueblo o de la nación.

Comparar las representaciones de las escalas del gobierno de la Monarquía hispana en la librería del conde de Gondomar y en la de Felipe IV a partir de los epígrafes que sus bibliotecarios establecieron exige recordar previamente que la ordenación de Francisco de Rioja para los libros de Felipe IV estuvo libre del condicionamiento de las lenguas del que, sin embargo, partió el bibliotecario del conde de Gondomar, Stephan Eussem, y que además se aplicó para organizar un fondo bibliográfico en lenguas vernáculos¹¹. Hecha esta observación, la lectura cruzada de los epígrafes de materias documenta el arraigo social de los intereses de la Monarquía, ya que la sintonía estructural de las propuestas se alcanza habiendo partido de una disparidad esencial como es la diferenciación de lengua y de tipología documental.

En concreto algunos datos extraídos de este análisis permiten afirmar la consistencia del patrón de formulación de la historia en las librerías particulares de este periodo: un 70% (76 títulos) de las 93 obras que conforman «Historias de los reyes y reynos de España» en el índice de la Casa del Sol se encuentran también en la librería real de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar, y en un 70% (45 títulos) hay una coincidencia plena, ya que se trata de ejemplares de la misma edición. Además, en prácticamente un 40% (28 títulos) esas obras concurrentes en los dos índices se clasifican en la biblioteca del rey bajo un epígrafe similar al que se utilizó en la de Gondomar, «Historias de España y de Castilla». Una distribución más afinada en materia de historia nacional, como es la que emplea el bibliotecario del rey, organiza en epígrafes concretos las 38 obras que en el ín-

